

lo revelase. Murió, en efecto, y, sabido el suceso, se examinó un sótano del Vaticano y se hallaron en él algunos barriles de pólvora. Semejante crimen cometieron los impíos algunos años antes contra los soldados del Papa, volando un cuartel de la ciudad en que había muchos de éstos, é hicieron muchas víctimas.„

Atendidos sus achaques, cada vez crecientes, y las ocupaciones de que antes hemos hablado, parecería increíble la actividad que desplegó en cooperar á las deliberaciones del Concilio sobre los asuntos que podían ser útiles al bien de la Iglesia, si no se hubiesen visto las notas que él hizo. Escribió cuanto podía convenirle para responder á las preguntas que se hicieron sobre la reforma del clero secular y regular, sobre la enseñanza de la Doctrina cristiana, la predicación de la divina palabra y la moderación en las costumbres, de todo lo cual dejó escritos tan sabios documentos que merecían la pena de ser consultados en los Concilios provinciales, y más aún en los Sínodos diocesanos. Después de cada sesión tenía cuidado de anotar lo principal que en ella se había tratado, para su gobierno, dejadas aquellas cosas que ni para su uso particular podían escribirse. El respeto con que miraba cuanto procedía del Padre común de los fieles hacía diligente de una manera especial en apuntar cuanto de él oía, como se ve en el extracto que hizo del discurso que Pío IX dirigió á los predicadores de Cuaresma de aquel año de 1870.

Acérrimo partidario, como había sido siempre, de la infalibilidad pontificia, apenábale sobremanera el ver la oposición que á ella hacían algunos Prelados galicanos, por lo cual, no sabemos si movido por otros Emms. y Rmos. Padres, creyó de su deber tomar la palabra en el Concilio. Así lo verificó en 31 de Mayo, con admiración de muchos de los que allí estaban, la cual subió de punto cuando, poseído de fervorosas ansias del martirio, le oyeron exclamar que ojalá le fuera dado derramar la sangre y dar la vida por aquella verdad que defendía, y que así como podía decir con San Pablo *ego stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, „llevo impresas en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesús.„, pudiese consumir el sacrificio que comenzó en el año 1856 cuando recibió la herida en la América. De la honda impresión que las palabras del santo Arzobispo causaron en muchos de los Padres del Concilio dió

claro testimonio el Excmo. Sr. D. Benito Vilamitjana, Obispo entonces de Tortosa y luego Arzobispo de Tarragona, en estos términos: „Fáltame referir un hecho, y siento que el secreto pontificio, que todavía no se ha levantado del todo, me impida ser tan explícito como desearía. Ya bastante adelantada la Constitución de *Ecclesia Christi*, el Sr. Claret pidió la palabra, y he de decir con franqueza que me causó extrañeza, y lo mismo sucedió á otros. Sabíamos que al Sr. Claret no le faltaba instrucción; pero no creíamos que en el estado en que se hallaba la discusión, después de los Padres que habían hablado y de los que debían hablar, pudiese el Sr. Claret interesar á la Asamblea. Pues, amigo mío, dijo tales cosas y las dijo de tal manera que impresionaron vivamente á los Padres, y no creo que muchos las olviden en su vida. Yo mismo oí á uno de los más importantes Prelados de la América del Sur cómo, lleno de entusiasmo, comparó al Sr. Claret á Pafnucio y á Potamón, y á fe mía que no lo hacía sin motivo (1).„

De la opinión de santidad de que gozaba el Sr. Claret en el Concilio, tenemos multiplicados testimonios de varios Padres, entre los cuales citaré algunos. Una persona de elevada posición, que conocía bien al Sr. Arzobispo, aseguró que el Padre Claret era el más edificante de todos los Padres que asistían al Concilio.

El Excmo. Sr. D. Fray Joaquín Lluch y Garriga, Arzobispo de Sevilla, y después Cardenal de la santa Iglesia Romana, „es tal la opinión,—decía,—en que tengo al Sr. Claret, que vería con gusto se trabajase por quien corresponde en la Causa de su beatificación, de la cual redundaría no poca gloria á Dios, al Papa Pío IX, de santa memoria, y al Concilio Vaticano, del cual fué uno de los miembros más ilustres (2).„

„En Roma,—escribía el Ilmo. Dr. D. Fernando Ramírez y Vázquez, Obispo de Badajoz,—durante el período del Concilio Vaticano, llenó muy cumplidamente el alto concepto que de su ciencia, piedad y virtud tenía ya la Corte pontificia, y ninguno de sus Hermanos en el episcopado pudo repetir mejor que él: *Ego stigmata Domini mei Jesu Christi in corpore meo porto* (3).„

(1) Carta del 12 de Noviembre de 1870.

(2) Carta del 25 de Diciembre de 1879.

(3) Carta del 13 de Diciembre de 1879.

“En el tiempo del Concilio Vaticano,— escribe también el Emmo. Cardenal-Arzobispo de Sevilla D. Benito Sáenz y Forés, entonces Obispo de Oviedo,— le vi continuar su admirable orden de vida, de oración, recogimiento y estudio... Le causaba profunda amargura la disidencia de algunos Prelados en la cuestión dogmática de la infalibilidad pontificia, y la expresó en las pocas pero ardientes palabras que dirigió á la venerable Asamblea (1).”

Casi en las mismas palabras se expresan el excelentísimo Dr. D. Anastasio Rodríguez, Arzobispo de Burgos (2) y el Ilmo. Dr. D. Manuel Gómez de Salazar, Obispo de Málaga (3), y este último aduce el testimonio de varios otros Prelados españoles, á los que oyó ponderar la santidad del Siervo de Dios durante el Concilio Vaticano.

Á medida que se iba acercando el fin de su peregrinación sobre la tierra, su alma anhelaba unirse más y más con Dios, y ponía sumo esmero en hacer con extremada perfección todas las obras. Al llegar el mes de Mayo de aquel último año de su vida propuso para ello lo siguiente: “En obsequio de la Santísima Trinidad y de María, en este mes de Mayo todas las obras en general y cada una en particular haré con la perfección posible: la causa impulsiva será el amor de Dios; la causa intencional la mayor gloria de Dios: la causa final el hacer la voluntad de Dios. Pondré grande atención en estar sobre mí en cada obra, imitando á María Santísima, que hacía bien cada cosa en particular, aun las más comunes y ordinarias.”

Desprendido ya totalmente de las cosas de la tierra, sólo pensaba en el cielo y tenía vivísimos deseos de ir á él para juntarse con su amoroso Señor, como se ve en las siguientes líneas: “Día 26 de Mayo de 1870, fiesta de la Ascensión del Señor.—La tierra será un destierro para mí: mis pensamientos, afectos y suspiros se dirigirán al cielo: *conversatio nostra in coelis est*: “no escucharé sino cosas de Dios y que lleven al cielo.” Tengo deseos de morir para ir al cielo y unirme con Dios: *desiderium habens dissolvi et esse cum Christo*, como María Santísima, mi dulce Madre. He de ser como una vela que arde,

(1) Carta del 1.º de Noviembre de 1880.

(2) Carta del 10 de Junio de 1880.

(3) Después Arzobispo de Burgos.— Carta del 19 de Marzo de 1880.

gasta la cera y luce hasta que muere. Los miembros gustan de unirse á su cabeza, el hierro al imán y yo á Jesús: deseo unirme con él en el Sacramento del altar y en el cielo. Ama más á Dios un comprensor que mil viadores, dice San Buenaventura (1).”

Su salud iba poniéndose más delicada cada día, aunque no por esto disminuían sus ocupaciones. “Estoy ocupadísimo,— escribía en 14 de Mayo de aquel año:—hay días en que salgo de las sesiones con la cabeza muy cargada... hoy es uno de ellos. Me vienen,—añadía,—encargos de muchas partes, lo cual se me hace muy molesto. Sea todo por Dios.” Tanto trabajo con tanta flaqueza de fuerzas, el calor extraordinario con que comenzó el verano de aquel año, los padecimientos morales por la oposición de algunos Obispos á la declaración dogmática de la infalibilidad del Romano Pontífice, pusieron su vida en gravísimo peligro. Nuestro Rmo. P. General no podía ya por su parte permitir que continuase por más tiempo tan lejos de sus hijos los Misioneros, y á principios de Julio resolvió ir á Roma con el fin de llevárselo á Francia y hacerle tomar un descanso absoluto en nuestra Casa-misión de Prades. Antes de salir de Roma anunció el Siervo de Dios su próximo fin á varios amigos, y dijo á nuestro Rmo. P. General y á algunos otros que el Señor le había revelado que los italianísimos entrarían en Roma, y como el Rmo. P. Xifré le dijese que lo avisase al Papa, el Siervo de Dios le replicó que ya se lo había comunicado. Visitáronle, prendados de su virtud, varios distinguidos personajes, como el Cardenal Manning y el Cardenal Lastra de Sevilla y otros. Él, por su parte, hizo también las visitas que requería la urbanidad, y entre ellas fué á ver dos veces al Príncipe de Asturias, una á imitación de los demás Prelados españoles y otra llamado por el mismo Príncipe. Declarado, por fin, el 18 de Julio el dogma de la *infalibilidad* y arreglados sus asuntos, salió con dirección á Francia acompañado del Rmo. P. General de nuestra Congregación, del P. Lorenzo Puig y del Hermano José Saladich, que respectivamente le servían de capellán y de paje.

8. “Después de un próspero viaje,— dicen las Memorias del Padre Clotet,— el Sr. Arzobispo, con los que le acompañaban,

(1) Propósitos de 1870.

llegó el 23 de Julio á nuestra Casa-misión de Prades á las once de la noche. En medio del inefable consuelo de tenerle entre nosotros, nos sentimos tristemente impresionados viéndole tan decaído que apenas podía sostenerse. Las facciones del rostro mudadas y sin que casi pudiera pronunciar una palabra; tomó un poco de alimento y fuése á descansar, pues para no molestarle no permitimos que los individuos de casa fueran á saludarle y besarle el anillo hasta el día siguiente.

„Había en la huerta de la casa en que habitábamos una frondosa vid que formaba como un grande y verde entoldado: allí fué donde el Sr. Arzobispo recibió á nuestros Padres, Estudiantes y Hermanos coadjutores, pues en la casa no había sala bastante capaz para el número de individuos de la Comunidad. Yo no podré olvidar aquel solemne acto, que fué como el sello de los que hizo tan buen Padre con sus queridos hijos. Nos presentamos de uno en uno, con la alegría pintada en el rostro, á besarle el anillo. Los Superiores le iban diciendo los obispados y provincias á que pertenecían aquellos á quienes él no conocía á medida que se iban acercando. Luego nos dirigió algunas breves pero muy amables palabras, y así terminó la sencilla ceremonia. Ocurrió esto en domingo, á la hora en que el sol había comenzado á dorar con sus luminosos rayos las paredes de la huerta, dando un nuevo colorido al verde de las hojas que sombreaban á los Hijos del Inmaculado Corazón de María, lo cual dió más realce á nuestra fiesta.

„Estaba el Siervo de Dios delicadísimo, y aquel día no nos pudo predicar. Le suplicamos que no leyese absolutamente cosa alguna y no pensase sino en restablecerse. “No temáis que lea, — nos dijo, — porque aunque quisiera no podría.” Le pedimos que estuviese más tiempo en la cama, y nos contestó que no podía estar en cama más tiempo de lo acostumbrado, porque en ella empeoraba su salud. Llamamos al médico de la casa, quien ordenó algunos remedios, y con ellos se sintió bastante aliviado, á lo cual contribuyó no poco el ver la alegría que todos teníamos en gozar de su presencia.

„Habiéndole invitado el ilustre Sr. Canónigo Bartre, Superior del pequeño Seminario que en aquella villa existe, á que presidiese la distribución de premios, que debía hacerse el último miércoles de Julio, S. E. I. se dignó acceder á su demanda. Se le pidió además que se dignase dirigir la palabra á

los alumnos. “Yo no tengo hábito de hablar en francés, — dijo — el Sr. Claret. — No importa — respondió el Sr. Superior; — podrá V. E. hacerlo en catalán.” Y, en efecto, á pesar de su delicada salud, les hizo una plática tan acomodada á aquellas circunstancias, que dejó complacido al escogido auditorio que le estaba escuchando. Componíase de párrocos instruídos y de otros sacerdotes, del Subprefecto y Alcalde de la villa, y de muchos caballeros y señoras además de los alumnos. Dando cuenta de aquel interesante acto la *Semana Religiosa* de Perpignán del día 6 de Agosto de 1870, decía lo siguiente: “La solemne distribución de premios, que se verificó el 27 de Julio, acaba de añadir nuevas garantías á la prosperidad de esta Casa y pequeño Seminario. Los padres y amigos de los jóvenes alumnos han ido este año en mayor número; los magistrados de la villa, la numerosa clerecía de la parroquia y sus cercanías servían de cortejo al eminente Prelado con que por una gracia especial se ha dignado favorecernos la divina Providencia. El Excmo. Sr. Claret, antiguo Arzobispo de Cuba y actual Arzobispo de Trajanópolis, dando un nuevo realce á la función, tuvo la amabilidad de presidirla.

„El muy digno Superior abrió la sesión con un magnífico discurso que fué atentamente escuchado y calurosamente aplaudido. En su afectuosa palabra echábase de ver el sentimiento de un Padre al separarse de sus queridos hijos, dictándoles al propio tiempo con su acreditada experiencia consejos, que no serán ciertamente relegados al olvido. No olvidéis, ¡oh alumnos del pequeño Seminario!, sus sabias palabras: llamados á conocer al mundo y á vosotros mismos, acordaos de los peligros que se os señalaron y de los medios de evitarlos.

„El venerable Arzobispo tomó en seguida la palabra y se redobló la atención. Hablónos S. E. de lo que sobre todas las cosas conoce y ama: es decir, de Jesucristo y su divino amor. En nuestra graciosa lengua catalana, con símiles completamente nuevos, é inspirándose en el Antiguo y Nuevo Testamento, mostrónos S. E. al Salvador amando con predilección singular á los jóvenes, y la gloria que la ciencia presta á la virtud. El amor á Dios y á la ciencia son las dos alas con que el alma del joven estudiante ha de volar al Criador. La palabra de Mons. Claret, tan brillante como fácil, quedará gra-

„bada en nuestros corazones..., y cuantos tuvimos la dicha de escucharle conservaremos el precioso recuerdo de este apóstol, de este santo.”

De esta manera el Siervo de Dios hacía en todas partes el bien que podía, y dejaba en pos de sí un suave olor de santidad, que traía encantados á cuantos tenían la dicha de acercársele.

Nuestros Padres, Estudiantes y Hermanos de aquella respetable Comunidad se disponían entretanto á renovar su profesión según la fórmula establecida en las Constituciones definitivamente aprobadas para el día de su fiesta titular, el Inmaculado Corazón de María, y era extraordinario el placer que todos experimentaban con la esperanza de hacerla en manos de su santo Fundador, cuya sola presencia traía como locos de contento á todos los de la Casa. Pero estas dulces ilusiones, que parecían esperanzas muy fundadas, se desvanecieron muy pronto por lo que luego se dirá. Mientras la Comunidad se entregaba á este dulce pensamiento, el Siervo de Dios experimentaba también por su parte indecible alegría en verse entre sus hijos; mostraba singular placer de estar y conversar con los jóvenes Estudiantes, á quienes veía con gozo disponerse con gran entusiasmo para reñir las batallas del Señor; tratábalos con tanta afabilidad y paternal ternura que no sabían los piadosos jóvenes apartarse un instante de su lado y apreciaban más una dulce mirada ó una amable sonrisa del santo Arzobispo, que las mismas recreaciones y los paseos. El venerable Prelado manifestábase asimismo sumamente complacido con todos, y á pesar de su espíritu de penitencia y de la austeridad admirable que guardó siempre en la comida, no comiendo nunca carne, vino ni pescado, por condescender con el Rmo. P. General, y para mortificar más y más su amor propio, no temió quebrantar una costumbre de tantos años observada, el primer día que bajó á comer con la Comunidad. Acaeció, en efecto, que el Siervo de Dios puso, según solía, para beber agua en el vaso; pero el Rmo. Padre Xifré hizo al instante señal al Hermano que servía á la mesa, para que trajera otro vaso, lo cual hecho, al punto retiró el vaso del agua y puso en él otro vino puro. El Siervo de Dios, cuya abstinencia era ante todo amable y caritativa, no opuso resistencia alguna, y con el candor de un niño tomó el vino,

respetando y obedeciendo á una simple insinuación del reverendísimo P. General, como si fuera el último de sus súbditos.

9. Parecía natural que estando el Siervo de Dios en país extranjero y separado ya del lado de la Reina, dejaran sus enemigos de perseguirle y no se acordaran más de él, mayormente sabiendo, como sabían, lo quebrantadas que tenía las fuerzas y que se hallaba enfermo en su modesta habitación. Mas no fué así; la saña de ellos contra el santo Prelado llegó hasta el rincón de la pobre celda en que éste habitaba, y ni siquiera le perdonó después de haber bajado al sepulcro. Ya nuestro Rmo. P. General, antes de salir de Roma, había manifestado al Sr. Arzobispo los temores que tenía de que la autoridad civil no le dejaría permanecer en Prades. Por desgracia estos temores no eran infundados: cuando más alegres y gozosos estaban los Hijos del Corazón de María de tener entre ellos á su amante Padre, el Superior general recibió una carta de un amigo en la que le daba la más triste noticia. Decíale en ella que, por persona autorizada, sabía que el Cónsul de España en Perpignán había escrito al Embajador español en París para que diese providencias á fin de internar al señor Claret, que estaba en Prades, y añadía: “Venga Ud. sin pérdida de tiempo.” Fué, pues, á Perpignán el Rmo. P. Xifré, y todos los amigos, incluso el Sr. Obispo, fueron de parecer que convenía visitase al Sr. Prefecto. Recibióle éste con agrado, y, oídas las razones que aquél con energía expuso, convino en que si se internase al Sr. Arzobispo se le haría una injusticia, pero al mismo tiempo añadió: “Somos agentes del Gobierno, y si él nos manda será preciso obedecer.” Entonces, con aprobación del Prefecto, y conforme al parecer de muchos amigos, se presentó una sentida y razonada solicitud á la Emperatriz de Francia; pero se estrelló contra las instancias que en contrario hacían los que, por el puesto que ocupaban, debían ser los naturales defensores del Arzobispo español. El Cónsul de España en Perpignán no era amigo de sotanas, y el Embajador de España en París, que era el Sr. Olózaga, se había dado á conocer por sus ideas progresistas y era además enemigo personal del Siervo de Dios, contra el cual había publicado un libelo infamatorio.

Acaecía esto á fines de Julio de 1870. No se atrevían los nuestros á comunicar la noticia al Sr. Arzobispo por temor á

disgustarle; pero al fin fué menester advertírselo, aunque á la vez le manifestaron que no habían perdido del todo la esperanza de obtener el permiso de que pudiese quedarse con ellos. Esta remota esperanza se desvaneció muy pronto; enterados algunos buenos amigos de las disposiciones del Gobierno, advirtieron al Superior general que convenía que el señor Claret saliese pronto y ocultamente de Prades, pues iban á internarle. El Superior del pequeño Seminario, con aprobación y acuerdo del Sr. Obispo de Perpignán, había ya mandado un profesor al Rdo. P. Prior del Monasterio de Fontfroide para anunciarle que iba allí el Varón de Dios, de lo cual había antes dado conocimiento al Rmo. P. Xifré. Ocurría esto el 5 de Agosto, y cuando recibió el Sr. Arzobispo la triste noticia dijo con grande resignación: "Bendito sea Dios, alabado sea Dios." Luego se reconcilió y se dispuso á partir. Como convenía que todo se hiciese ocultamente, no se dió parte al Noviciado de lo ocurrido y de lo que iba á suceder. "¡Qué sentimiento, — dijo un Padre á S. E., — tendrían los jóvenes si supiesen lo que pasa! — ¡Bendito sea Dios! — respondió él, — ya lo pensaba; á lo menos, he tenido el gusto de verles á ustedes." Habíase encargado por personas amigas á los nuestros, que el Siervo de Dios saliese vestido de simple sacerdote, á lo cual éste, como quien gustaba de vestir con humildad, se avino sin poner ningún reparo. Al componer el P. Ministro el saquito de noche para el viaje, le dijo S. E.: "No ponga Ud. sino dos pares de medias, una camisa y algunos pañuelos, lo cual me bastaba en Cataluña cuando iba á Misiones."

Manifestó el deseo de volver á Roma ó bien de retirarse á Marsella en casa de un pobre religioso amigo suyo; mas dijéronle que no era posible por entonces, y se conformó en seguida y con gusto al parecer ajeno. Salió el día siguiente con nuestro Rmo. P. Superior general en un coche particular dirigiéndose al monasterio de Fontfroide, adonde debía llegar el mismo día por la noche. "La noche del 5 al 6 de Agosto, — escribe el P. Clotet, — fué para nosotros una noche de tristeza, viendo que con tanta precipitación había de ausentarse de nosotros con la salud casi perdida. Afligióle también á él el pensamiento de que acaso su presencia había puesto en peligro á su amada Comunidad de Misioneros. Á los tres días fué á juntarse con él el Rdo. P. Lorenzo Puig, su capellán, pero

ya antes, la mañana misma del día que salió S. E. se presentó á nuestra Casa el Comisario de policía y preguntó por Monseñor. Diciéndole nosotros que había partido y que no sabíamos adónde, se volvió sin hacer nuevas instancias. Á los tres ó cuatro días compareció de nuevo, diciéndonos era preciso declarar á la autoridad dónde estaba Monseñor. Nosotros temíamos el descubrirlo, mas por consejo de personas competentes dijimos la verdad del punto en donde suponíamos que estaba (1)."

¿Quién dijera que el confesor de S. M. Isabel II se había de ver forzado á peregrinar pobre y disfrazado en el destierro, cuando no había hecho más que bien á la infortunada patria? Este era, sin duda, el martirio que el Señor le tenía reservado; martirio lento y moral, pero acaso más amargo y doloroso que el del cuerpo. Á imitación del divino Maestro, de quien escriben los Evangelistas que pasó por Judea y Palestina haciendo bien á todos, *pertransiit benefaciendo* (2), el P. Claret no había hecho en España más que bien adondequiera que llegó con su presencia; los pobres eran testigos de su inagotable caridad, que le obligó á veces á empeñar sus mismas prendas episcopales para aliviar las miserias de los desgraciados, cuando había ya gastado en ello todos sus recursos; los enfermos podían pregonar muy alto la ternura de su ingenioso amor, con que aliviaba no poco sus dolencias, y la eficacia de sus oraciones, con que muchas veces les restituía milagrosamente la salud; cuantos presa de la tribulación ó de la desgracia acudían á él, ora en el santo tribunal de la Penitencia, ora en sus habitaciones particulares, sabían muy bien, y no se avergonzaban de testificar la amable sencillez y la benevolencia y dulzura encantadora con que los recibía, y todas las clases, en fin, más desamparadas de la sociedad, las que poco ó nada podían esperar del mundo ó de los hombres, en Madrid principalmente, publicaban que en el P. Claret habían hallado un padre cariñoso, todo ternura en su corazón para amarlos, todo suavidad en las palabras para llevar á sus almas el consuelo, y todo caridad en las obras para remediar sus necesidades; y, sin embargo, á ese hombre providencial, que tantas lágrimas

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

(2) Act., X, 38.

había enjugado y podía enjugar aún, la política sin entrañas, la política sin Dios le hace peregrinar por el destierro, pobre y sin ningún recurso, después de haberle despojado inicua-mente de lo que de derecho le pertenecía; y esto no por otra causa sino porque se cumpliera en él lo que Jesucristo pre-dijo á sus fieles Apóstoles y á cuantos habían de seguir sus nobles ejemplos. *Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como á cosa suya; mas porque no sois del mundo, sino que yo os elegi de él, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de las palabras que os he dicho: no es mayor el siervo que el se-ñor; y si á mi me han perseguido, también os perseguirán á vosotros* (1).

En el capítulo siguiente veremos hasta dónde llegó la osa-día de los enemigos del P. Claret, junto con los demás sucesos acaecidos hasta su santa muerte.

(1) Joann., XV, 19-20.



## CAPÍTULO XVI

DE LA ÚLTIMA ENFERMEDAD DEL SIERVO DE DIOS, Y DE LAS CIR-  
CUNSTANCIAS QUE ACOMPAÑARON Y SIGUIERON Á SU SANTA  
MUERTE.

1. El Señor le revela su cercana muerte.— 2. Historia y descripción del monas-terio de Fontfroide, última morada del Siervo de Dios.— 3. Vida de oración y recogimiento que hizo el P. Claret en el monasterio.— Ejemplos virtuosos.— 4. Se da cuenta á la autoridad del lugar donde estaba el Sr. Arzobispo.— Cúmplense dos anuncios del Siervo de Dios.— Esperanzas frustradas de vol-ver á Prades.— Calumnias que le levantan en España.— Intentan los revolu-cionarios registrar el convento.— 5. Última enfermedad del Siervo de Dios.— Recibe los últimos Sacramentos y profesa en su Instituto de Misioneros en manos del Rmo. P. General.— Accidentes de su enfermedad y admirable pa-ciencia con que la sobrellevó.— Ejemplos edificantes que dió en ella.— Su san-ta muerte.— Prodigio acaecido en el instante de su muerte.— Sus exequias.— Un pájaro misterioso canta sobre su túmulo y desaparece terminadas las exequias.— Maravillosa flexibilidad de su cadáver á los tres días de muerto.— Su sepulcro.— Cómo pagó el Siervo de Dios desde el cielo á los monjes su ge-nerosa hospitalidad.— Exequias que se le hicieron en España.— Aparécese des-de el cielo á una religiosa.

1. Créese muy fundadamente que el Siervo de Dios tuvo revelación de su cercana muerte mucho antes que acaeciera; de lo cual traeré aquí tres testimonios de personas fidedignas, á quienes el santo Arzobispo dijo en confianza que moriría pronto. “Antes que yo marchara para Hannover, — escribe el reverendo D. Juan Bautista Navello, — fui á verle en Roma. Él me dijo que su carrera había concluido, que deseaba ver á Dios cara á cara, al cual en este mundo sólo podía contemplar *per speculum*. Me parece que me dijo: “No me verá Ud. más en este mundo.” Añadió que yo debía pedir á Dios que él mu-riera muy pronto, y le contesté que, todo al contrario, rogaría á Dios eficazmente que le conservase largo tiempo para nues-tro consuelo y para el bien de la Iglesia y de la sociedad (1).”

(1) Carta del 10 de Diciembre de 1870